

La más antigua y bien informada de sus biografías que yo conozco, es la que, en 1929, publicó la catorce edición de la *Enciclopedia Británica*, en su tomo 40., pp. 463-474, que contiene también bastante bibliografía.

En cuanto a la bibliografía, sería imposible, en un artículo como el presente, darla tal como fué. Hay en ella *Revistas* que dirigió durante años, artículos en todas las más acreditadas de su país y de otros; numerosos libros que formarían una biblioteca de muchos volúmenes. Sólo citaré algunas publicaciones de los últimos años que tal vez son poco conocidas aquí, y que debo a la generosidad de la Carnegie: dos gruesos volúmenes de una colección de escritos que se titula *Across the Busy years* (1939 y 1940: 451 y 474 páginas respectivamente), y un volumen bautizado con el nombre de *The World today* (225 págs.) que muy probablemente fué el último que publicó, pues su fecha es de 1946. Reúne este libro veinticinco ensayos y alocuciones, entre las cuales citaré las que se refieren a temas generales: *La Edad en que vivimos*; *La ley moral es el solo soberano*; *De nuevo la historia se repite*; *Los pueblos que hablan inglés y la Libertad*; *Un Mensaje de Año Nuevo* (1944), que recuerda los Christmas; *Las Américas*, pronunciado en la comida de la conferencia de la Comisión del Desarrollo de la Inter-América (Mayo de 1944), y el texto que antes dí por ejemplo (*Industrial Civil war must end*) pero no sacándolo de este libro, sino del propio *Christmas* que poseo.

Rafael ALTAMIRA.

México, D. F.

RAMON IGLESIA PARGA

(1905-1948)

El 5 de mayo último, un malhadado accidente arrancó, en su flor, la vida de un insigne historiógrafo español, Ramón Iglesia Parga. Pocas veces cabría emplear con más propiedad una frase tan sacramental y socorrida como la de "su muerte constituye una irreparable pérdida", pues el entrañable amigo y compañero nos ha sido arrebatado en el orto de su madurez, cuando los primeros frutos de ésta eran indicio seguro de abundante y espléndida cosecha.

Ramón Iglesia nació en Santiago de Compostela el 3 de julio de 1905. El lugar donde abriera sus ojos, la vetusta ciudad-museo de Galicia, influyó probablemente en su vocación por la historia, que en él se pronuncia desde niño. Cumplidos apenas los quince años, iniciaba los estudios universitarios en la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, y los concluía poco antes de alcanzar los veintiuno.

Su dedicación a la investigación y a la enseñanza fué también muy temprana. En 1925, comenzó a trabajar en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, colaborando con el Prof. Dámaso Alonso en la edición del *Enchiridion* de Erasmo, y realizó investigaciones en el Archivo de Indias de Sevilla sobre "Don Juan Miralles y la intervención de España en la independencia de Estados Unidos", bajo la dirección del Prof. Antonio Ballesteros. Y en el mismo año se le confiaba una de las cátedras de los Cursos de Verano para Extranjeros que organizaba el referido Centro. Desde 1928 hasta 1930 fué lector de español en Gotemburgo (Suecia) y dió conferencias en Oslo, Estocolmo, Upsala, Copenhague y Berlín. Vuelto a España, pasó a ocupar un puesto facultativo en la Biblioteca Nacional de Madrid y reanudó su trabajo en el Centro de Estudios Históricos, donde dirigió la Sección Hispanoamericana y ocupó la secretaría de la Revista *Tierra Firme*, órgano de dicha Sección. De 1932 a 1936 trabajó en la preparación de una edición crítica de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo. Esta edición, que Ramón Iglesia se vió obligado a dejar inconclusa a causa de la guerra de España, ha sido publicada incompleta, en 1940, por el Instituto Fernández de Oviedo, omitiendo el nombre del editor.

En 1940, al terminar la guerra de España, se trasladó a México, en cuya capital desarrolló su principal actividad científico-docente y publicó la mayor parte de sus trabajos de investigación y tesis. Fué profesor de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional, en la que explicó el curso de "Cervantes y el Quijote" desde 1939 hasta 1943; también fué profesor de El Colegio de México, en el que tuvo a su cargo la cátedra de Historiografía desde 1941 hasta 1943.

Dió a la stampa en México los siguientes libros originales:

Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés. México, El Colegio de México, 1942.

El hombre Colón y otros ensayos. México, El Colegio de México, 1944. (En este volumen reunió artículos y reseñas de libros publicados en diferentes revistas. Los artículos llevan los siguientes títulos: "El hombre Colón"; "Dos estudios sobre el mismo tema: I. Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española; II. Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la Conquista de México*, de López de Gómara"; "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su *Verdadera Historia*"; "La mexicanidad de Don Carlos de Sigüenza y Góngora"; "La historia y sus limitaciones"; "Sobre el estado actual de las ciencias históricas"; "Izquierdas y derechas en el Congreso de Historia de Morelia"; "Dos apuntes de historiografía medieval castellana: a) *Baraja de cuatro crónicas*; b) "*El Victorial*", y "*La Historia Verdadera* de Bernal Díaz del Castillo").

Las siguientes ediciones:

Baraja de crónicas castellanas del siglo XVI. Selección y prólogo. México, Editorial Séneca, 1940.

Gutierre Díez de Games, *El Victorial*, crónica de Don Pero Niño. Selección, prólogo y notas. México, Editorial Séneca, 1940.

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición modernizada, con prólogo y notas. México, Editorial Nuevo Mundo, 1943, 2 vols.

Vida del Almirante Don Cristóbal Colón, por su hijo Don Hernando. Edición, prólogo y notas. "Biblioteca Americana", México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

Y los siguientes artículos y prólogos: (Además de los recogidos en *El hombre Colón*):

"Invitación al estudio del Padre Mendieta". *Cuadernos Americanos*, México, junio-julio, 1945.

"Consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos". *Jornadas*, El Colegio de México, No. 51, México, 1945.

Prólogo de la obra *Estudios de historiografía de la Nueva España*. México, El Colegio de México, 1945.

"El reaccionarismo de la generación del 98". *Cuadernos Americanos*, México, septiembre-octubre, 1947.

También tradujo Ramón Iglesia no menos de doce obras para el Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y otras editoriales.

En los últimos años desplazó la mayor parte de su actividad a los Estados Unidos. Ya en 1941 fué profesor huésped de la Universidad de Berkeley durante un semestre. Algo más tarde, en 1945, becado por la Guggenheim, estudió en la biblioteca de la Universidad de Texas y en la del Congreso de Washington la historiografía de los religiosos de la Nueva España en el siglo XVI, y principalmente la obra de fray Jerónimo Mendieta. Y en los años más próximos a nosotros, ha sido profesor de lengua y literatura españolas en las universidades de Illinois (1945) y de Wisconsin (1946-1948). En esta última leyó en febrero de 1947 una disertación titulada "The old and the new in the Spanish generation of 1898".

Fueron rasgos señalados de la personalidad espiritual de Ramón Iglesia el temperamento exaltado y la buena y generosa índole: la pasión y la nobleza. Ambas parecían manar en él a raudales, espontánea y efusivamente, sin artificio ni sujeción, y afloran por doquier en su vida y su obra. En su obra escrita, sobre todo, es dueña y señora la pasión, que la suscita, moldea y dirige. Entiéndase bien, la pasión como motor, criterio e idea directriz: la pasión propia como incidente, fuente de ins-

piración y herramienta, y la pasión de los demás como objeto, materia o material, y como desembocadura o destino.

Por la pasión llegamos al concepto de la historia en Ramón Iglesia, a la entraña de sus ideas sobre la naturaleza y el método de esa disciplina, sobre todo lo cual nos ha dejado páginas de extraordinario valor. Pues la obra escrita más importante de Ramón Iglesia no es quizá la que trata de historiografía colonial—su especialidad—, sino la que versa sobre teoría de la historia. Y en las líneas que a ésta se refieren encontramos los principios o normas fundamentales de sus trabajos historiográficos.

Ramón Iglesia reaccionó por naturaleza (vasalla del "pathos") y conforme a su temperamento (apasionadamente) contra el positivismo-objetivismo dominante en la historia de nuestros días, y se lanzó a una verdadera cruzada contra él. Impugnó su pretendido "cientificismo" y su cacareado objetivismo, uniéndose al grupo, cada vez más numeroso hoy entre los filósofos de la historia y los historiólogos, empeñado en demostrar que la historia es un arte o, a lo sumo, una ciencia de lo particular.

Oigámosle exponer su pensamiento: "No debemos perder de vista que la historia objetiva, imparcial, científica, de que muchos de nuestros colegas tan ufanos se sienten en la actualidad, es manifestación reciente, aunque no tan original como ellos piensan. Siempre ha existido el erudito libresco, el anticuario desarraigado de la vida, que ha escrito historia desinteresada y niveladora, con frialdad de quirófano" (*Estudios de Historiografía de la Nueva España*, prólogo. "El historiador digno de tal nombre tendrá que ser, como estos artistas [los poetas, novelistas, pintores, músicos y arquitectos], un creador. De aquí que en la génesis de su obra nos encontremos muchas veces con elementos que no se dejan expresar con facilidad en términos racionales, que son inefables. En los seminarios de historia, como en las escuelas de bellas artes y en los tratados de preceptiva, sólo cabe enseñar lo más externo y rudimentario de la técnica; pero nunca podrá salir de ellos un historiador si el alumno no lleva en sí la semilla" ("Consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos"). "Obra de arte es, al fin, la historia. Nada creo que se la rebaja por aceptar llanamente verdad tan discutida. Gran artista era Ranke, el arquetipo de los historiadores científicos, aunque él, tal vez, no lo aceptase. Grandes artistas son todos los grandes historiadores. Lo demás, por mucho que se haya hecho hincapié en ello, por mucho que se nos haya puesto ante los ojos como desiderátum, es trabajo mecánico" (*El hombre Colón y otros ensayos*, Introd.). Pudiera parecer que Ramón Iglesia ha querido colocarse en el extremo opuesto al de aquellos a quienes combate, y liberar completamente a la historia de trabas y cauces crítico-metodológicos. Pero no; ni teórica ni práctica-

mente fué tan lejos. Percibió indudablemente los peligros de ello y se quedó en un prudente y atinado término medio. “Trevelyan se da perfecta cuenta, como nos la damos todos quienes nos dedicamos a estos estudios —advierte en “La historia y sus limitaciones”—, de lo difícil que es la labor del historiador. Tiene que poseer una serie de conocimientos complicados para reunir y depurar sus materiales, más una habilidad exquisita para presentarlos y hacerlos llegar al lector en forma que actúen sobre él, sin que pueda para ello apelar a los recursos de invención de los autores de historia novelada”. Si no bastara esta expresa declaración teórica, ahí está, en sus trabajos de historiografía, la aplicación práctica de la lección que encierran esas palabras.

Al objetivismo y a la imparcialidad tenía Ramón Iglesia que oponer un subjetivismo y una parcialidad fundadas en algo. Y en su misma naturaleza halló Iglesia ese “algo”, en su imperioso “pathos”: la pasión, la simpatía, etc., lo que él en conjunto llama vida. Esto es lo que debe perseguirse en el pasado, a través de su expresión actual en nosotros, y para que el mensaje llegue a sus destinatarios, los hombres. “Las obras de estos escritores [Lucas Alamán, José Luis Mora y Justo Sierra] —indica en “La historia y sus limitaciones”— abundan en lo que les falta a los profesionistas deshumanizados: vida, pasión. Hay una determinada preferencia por los temas, y tiene que existir un calor, una simpatía al tratarlos”. Y en otra parte (*Estudios de historiografía de la Nueva España*, prólogo) recalca: “. . . la verdadera historia, la que tiene jugo y palpitación de vida, se ha escrito siempre a impulsos de una presión del momento, es historia polémica, parcial, apasionada, tendenciosa”.

He aquí los criterios directrices de su obra historiográfica, a la que dan un sello tan original. Guiado por ellos, nadie como él, ha despabilado los sentidos y aguzado la inteligencia para descubrir y presentar las huellas, de lo que entre los historiadores se acostumbra a llamar, con frase acuñada por Ranke, la “ecuación personal”. ¿Ejemplos? Baste con uno, aunque su obra es un solo e interminable ejemplo. —En el trabajo sobre Hernán Cortés, que forma parte de su obra *Cronistas e Historiadores. . .*, nos va ofreciendo así la “ecuación personal” del conquistador de la Nueva España: “Lo primero que ha sorprendido a cuantos se han acercado a las cartas de Cortés es el tono mesurado, ecuaníme, impasible, del relato. Refiriéndose en ellas hechos que han dejado estupefactas a generaciones enteras, no encontramos en sus páginas muestra de desbordamiento, de exaltación, de una pasión y un ímpetu que nos hubiera parecido perfectamente explicables. . .” “En el modo que tiene Cortés de relatar la entrevista [con Moctezuma] se destaca acusadísimo un rasgo que encontraremos siempre en él: la gran precisión y minucia, la complacencia con que describe lo que ve, y el laconismo, la escasa importancia que

concede a sus propósitos y acciones, o a lo que en ellos puede influir. . .” “Vemos por lo anterior que no puede hablarse de inconsciencia de Cortés. Que se da cuenta cabal de los defectos de sus hombres y de los peligros que pueden acarrear, dada la situación en que se encuentran. . . Realmente, la situación no podía prestarse mejor a cualquier reflexión enfática, ponderando el peligro en que se encontraban los españoles y el mérito que suponía haberlo vencido; pero nada de eso encontramos en Cortés. Es el suyo un módulo distinto del corriente, y, medidas por él, le resultan totalmente normales las empresas más atrevidas e increíbles. Podríamos seguir multiplicando los ejemplos de este estado de espíritu de Cortés reflejado en sus cartas. En esta primera época de la conquista, en la plenitud de sus éxitos, Cortés no concede la menor importancia a lo que hace. Tendrán que pasar muchos años, habrá de sentirse postergado y desatendido por el Emperador, para insistir una y otra vez, con fatigosa y justificada machaconería, en el valor extraordinario, único, de las hazañas que había llevado a cabo en tierras mexicanas”.

Ramón Iglesia es uno, de los no muy abundantes ejemplos de historiadores, que han elaborado una doctrina no sólo para predicarla, sino también para practicarla. Puede motejarse a su doctrina de exagerada y unilateral, pero está justificada como reacción contra los excesos (documentismo y mecanicismo) de la escuela hasta hace poco dominante, y puede ser fecunda, si se reduce su función a la de destacar una de las principales facetas de la realidad humana, y, por ende, uno de los principales elementos de nuestro pasado.

Descanse en paz el notable y original historiógrafo Ramón Iglesia Parga.

José MIRANDA.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO
(1896-1947)

Don Antonio Gómez Restrepo, historiador de la literatura colombiana, falleció en Bogotá el 6 de noviembre de 1947. Continuador de la tradición humanística de Cuervo, Caro y Suárez, y formado en la escuela de Menéndez Pelayo, Gómez Restrepo fué, como ellos, ferviente admirador del espíritu clásico, y como ellos docto de toda erudición. Fué poeta de fina inspiración y de severo timbre clasicista, aunque no sin la suave influencia del último Romanticismo.

Don Antonio, como solía llamársele con familiaridad cordial y respetuosa, había nacido en Bogotá, el 13 de enero de 1869 y se había educado en el colegio que dirigía su propio padre. Su curiosidad intelectual se manifestó pronto: adolescente era aún, cuando sostuvo una sonada controversia literaria con el crítico Rafael M. Merchán. Publicó su primer libro de versos en París, con prólogo de Rufino J. Cuervo. En la vida pública, actuó como subsecretario de Relaciones Exteriores y ministro de Educación; representó al partido conservador ante el Congreso Nacional. Ingresó luego en la diplomacia; fué ministro plenipotenciario en Italia y en Centro América, y embajador en el Perú y en México (1921). Perteneció a diversas academias de España y América, y fué secretario perpetuo de la Colombiana de la Lengua.

En 1918 publicó en la *Revue Hispanique* una breve reseña de la literatura colombiana. Como este trabajo, recogido posteriormente en volumen, se efectuó dentro de límites fijados de antemano—advierde el autor—, fué preciso limitarse a una ojeada de conjunto, prescindiendo de los desarrollos que hubieran cabido en una obra de mayor extensión; y también del aparato bibliográfico. A pesar de ello, la amplia visión de conjunto y las penetrantes síntesis que informan sus páginas, la hacen una verdadera obra maestra.

La breve reseña fué sólo anticipo de la monumental *Historia de la literatura colombiana* (Bogotá, 1938-1947, 4 vols.), que desgraciadamente quedó inconclusa. El primer volumen se halla consagrado al estudio del conquistador y cronista Jiménez de Quesada y al de los pocos poetas coloniales. El segundo trata de los prosistas religiosos, particularmente de Sor Francisca Josefa de la Concepción, "nuestro más insigne escritor de la Colonia", y de los cronistas del Nuevo Reino de Granada. El tercero estudia la época de la Ilustración: los elementos de cultura desarrollados en la segunda mitad del siglo XVIII, la Expedición Botánica, los grandes próceres de la Independencia y los discretos poetas neoclásicos de Santa Fe. El último tomo, publicado el mismo año de la muerte del autor, está dedicado a los poetas del Romanticismo, escuela que en Colombia alcanzó plenitud con José E. Caro, Arboleda, Gutiérrez González, Pombo, Núñez e Isaacs, preclaros nombres de las letras americanas. Gómez Restrepo aspiraba a terminar su obra, con otro volumen que analizara la prosa de la época republicana, anterior a su generación. Consideraba que con ello habría terminado su labor, pues no quería abordar temas contemporáneos. Siempre hizo la diferencia entre el crítico propiamente dicho y el historiador que "evoca lo pasado; lo que ya se puede contemplar sin entusiasmo desmedido y sin prevención injusta".

Sensible es que don Antonio tuviera que escribir gran parte de su

obra cuando carecía del sentido de la vista, teniendo que guiarse en muchas ocasiones por el recuerdo de antiguas lecturas, según su propia declaración. La *Historia de la literatura*, no obstante, es fruto de reposado estudio, de largas reflexiones, y en ella luce en toda su belleza el galano estilo del maestro. En su género es una de las obras más importantes escritas en la América hispánica, y es trabajo indispensable para conocer la evolución espiritual de aquel país, cuya cultura "tiene un sello eminentemente literario". Gómez Restrepo fué uno de los grandes continuadores de la corriente histórico-crítica iniciada por Menéndez Pelayo, y su obra tiene semejanzas—de ideas, de forma y hasta de *inconclusión*—con la del maestro santanderino. Como ha sucedido en España, ha de venir ahora en Colombia la labor minuciosa de los investigadores que analicen palmo a palmo el campo que el maestro iluminó con su clara visión.

Don Antonio se consagró durante años a la enseñanza de la juventud, que siempre tuvo en él un generoso apoyo. Porque él fué un hombre verdaderamente noble, y su mérito intelectual no excedió a su valor humano.

Dedicó los últimos años de su vida, exclusivamente al estudio, retirado del mundo, rodeado de algunos amigos, allá en su señorial y amado rincón santafereño. No ambicionó la popularidad, antes bien, a su modestia, a su hiriente modestia, se debe el hecho de que aun dentro de su propia patria no sea conocido y apreciado como corresponde a tan alta autoridad. Su muerte conmovió a los medios cultos de Colombia y a algunos hombres de letras del extranjero.

Estos son los títulos de los libros que escribió: *Ecós perdidos* (1893), *Apuntes de literatura* (1894), *Bogotá* (1918), *La literatura colombiana* (1918, 1926), *Relicario* (1928), *Cantos de Leopardi*, trad. (1929), *Bogotá* (1938), *Historia de la literatura colombiana* (1938-1947). Varios folletos y numerosísimos artículos completan la obra de don Antonio Gómez Restrepo.

Germán POSADA.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

HECTOR PEREZ MARTINEZ
(1906-1948)

Nace en el puerto de Campeche el 21 de marzo de 1906, día en que se conmemora jubilosamente en todo el país el centésimo aniversario del